

nio Leto cumplía con ciertas ceremonias exteriores, no creía en los dogmas ni observaba con regularidad las prácticas de la Iglesia cristiana. Rendía culto, mas que á nada, segun escribió uno de sus discípulos mas adictos, al *genio de la ciudad de Roma*, que para él venía á significar *el alma ó espíritu* del mundo antiguo griego y romano. Por eso Paulo II, al perseguir á Pomponio Leto, estaba en su derecho, mirada la cuestion desde el punto de vista rigurosamente eclesiástico, y tambien tuvo razon Alejandro VI cuando hizo llevar por sus cortesanos el cadáver de aquel sabio á su última morada para honrar su memoria como apóstol de la ciencia y de las letras antiguas.

Pomponio Leto fundó, como tantos otros, una academia libre de la cual era director presidente, y que despues de una suspension corta, á causa de la persecucion intentada por el papa Paulo II, recobró nueva vida mas lozana que nunca, porque estas sociedades eran fruto natural de las condiciones de la sociedad italiana en aquella época. No hay que preguntar por los trabajos de esta y de las otras academias, pero tampoco hay que juzgarlas por las fiestas particulares que cada una celebraba, ni por los nombres antiguos que se daban sus miembros ni otros usos extravagantes; y respecto de la de Pomponio Leto tenemos algunos hechos notables. En efecto, historiadores bastante independientes tratan en sus obras de la suerte de esta academia y los hombres mas doctos de la época hablan de ella con admiracion, no exenta de cierta dosis de envidia en los que de ella no formaban parte; todo lo cual nos prueba que esta sociedad libre gozaba de mucha fama y crédito. Además la academia de Leto, por el carácter elevado y la pureza de costumbres de su director, y por hallarse establecida en Roma, centro del cristianismo, pudo oscurecer á todas sus rivales, predicar el culto de la antigüedad, de sus artes y letras y despertar sentimientos nobles en una época por demás calamitosa y en una sociedad corrompídsima. Razon tenia, pues, tambien Filelfo al decir: *Incredibilis quædam hic libertas est* (Increible parece la libertad que aquí se permite).

CAPITULO IX

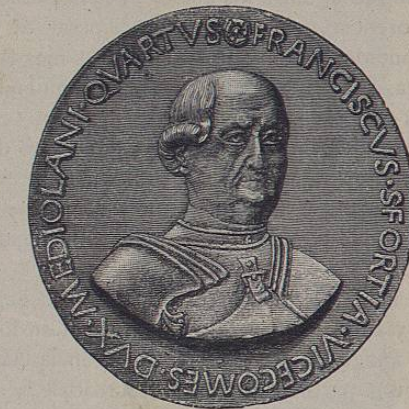
EL RENACIMIENTO EN LOS ESTADOS MENORES DE ITALIA,
MILAN, MANTUA, VERONA Y BOLONIA

Al hablar de Petrarca tuvimos ocasion de mencionar la casa de Visconti, que dominaba en Milan. Era una de las familias mas nobles y mas poderosas de Italia, de aquellas familias que miraban como mision especial de todo príncipe y soberano proteger las artes, ciencias y letras, y consideraban mayor lustre para una corte un círculo de hombres doctos y de talento que una cohorte de altos funcionarios y de cortesanos indefinibles. No era ni podia ser siempre el amor puro á las letras y al arte lo que hacia á los príncipes de Milan y á otros de Italia protectores de literatos y artistas, convirtiéndolos en los primeros soberanos y familias del mundo intelectual moderno; algunos de estos príncipes procedían así impulsados por un sentimiento todavía vago, de una necesidad intelectual, que pugnaba por desechar la gruesa corteza de ignorancia que embotaba las facultades del espíritu. Por eso muchos confundían los hombres que cultivaban las buenas letras con los astrólogos y aun con los bufones, y exigían no pocas veces á una misma persona que desempeñara todos estos cargos; y lo curioso es que no faltaron hombres que contentos los admitieron y cumplieron á satisfaccion del príncipe. Otros protectores encumbrados lo fueron solo por seguir la corriente y hacerse así célebres y envidiados. Por otro lado, tampoco fué siempre saludable la proteccion, cualquiera que fuese su motivo, porque el afan

EL RENACIMIENTO

de mostrarse digno del puesto cerca de las personas poderosas, envileció á menudo á los representantes de los estudios modernos, haciéndolos rivalizar en alabanzas y adulaciones rastreras. Así aunque el Mecenas fuese el hombre mas infame, el tirano mas cruel y despreciador de las vidas de sus semejantes ó el cobarde mas despreciable, iguales panegíricos le tocaban que á los soberanos que hacían felices á sus pueblos y que á los guerreros mas heroicos mientras protegiera y pagara bien á las ciencias y á sus representantes.

A Juan Visconti, desde 1328 arzobispo de Milan, admirador de Dante y protector de Petrarca, sucedieron cuando murió, en 1354, sus sobrinos Galeazzo y Bernabé, que no



Francisco Sforza Visconti, duque de Milan. El nombre de Visconti, que los Sforza (tambien apodo que quiere decir «Esforzado») adoptaron de sus antepasados, significa «vizconde.» Francisco habia nacido en el año 1401 y murió en 1466. Poco antes de este último año debió ser modelada y fundida la presente medalla, á juzgar por la edad que representa el busto; el autor fué un tal Sperandio de Mantua. El tamaño de la medalla, que se encuentra en el gabinete numismático real de Berlin, es dos quintas partes mayor que el grabado.

obstante su mutua desconfianza corrieron bastante bien entre sí, pero eran una carga pesada para sus pueblos por su crueldad y dureza. Galeazzo murió en 1378, y su hijo Juan Galeazzo, que le sucedió, no habia heredado ni el espíritu acomodaticio ni la crueldad de su padre. Procuró, pues, suavizar las medidas duras de su tio Bernabé, que á medida que envejecia, menos sabia hacerse obedecer, pero no consiguió entenderse con él y llegaron á una enemistad declarada, que fué disimulada por una semi-conciliacion, hasta que un dia Juan Galeazzo se apoderó de su tio Bernabé y de dos de sus hijos, y los mató (en 1385), quedándose único soberano y dueño de Milan, sin hacer el menor caso del derecho de los demás hijos del asesinado. Entonces solicitó del emperador Wenceslao de Alemania la elevacion del condado de Milan á la categoría de ducado, y conseguido este deseo, en 1395, arrojó la máscara y se mostró tal como era, ambicioso, cruel, pérfido y codicioso de los territorios de otros. Ambicionaba nada menos que la corona de toda la Italia, y aun la imperial, á la cual iba unido el ideal del imperio romano restaurado; pero su muerte, ocurrida en 1402, acabó con todos estos proyectos. Mas feliz que en sus planes políticos fué en los literarios y artisticos. Fundó la célebre cartuja de Pavía, cuya iglesia habia destinado á mausoleo suyo. Este convento, que un contemporáneo del duque llama la mayor maravilla entre todos los establecimientos de su clase, costó sumas inmensas. Tambien fué el promovedor de la construccion de la catedral de Milan, que segun el mismo autor contemporáneo, gana en dimensiones y suntuosidad á todas las iglesias de la cristiandad; hizo adornar el castillo-palacio de Pavía con esculturas y pinturas; reunió una biblioteca en la cual no faltaba ninguno de los buenos autores latinos y griegos;

y finalmente, como cristiano, reunió con igual celo reliquias de santos, quizás mas por afán de coleccionador de objetos raros que por religiosidad.

Murió repentinamente de una enfermedad contagiosa en 1402 y le sucedieron, repartiéndose sus Estados, tres hijos menores, dos naturales, Juan María y Felipe María, y uno legítimo llamado Gabriel; pero durante su menor edad gobernó el país la duquesa viuda, asistida por un consejo de regencia. Juan María fué una fiera, que despues de haber sacrificado innumerables víctimas en poquísimo tiempo, fué asesinado en la iglesia en 1412. Su hermano Felipe se apoderó de la parte de Juan María y reinó hasta el año 1447, siendo el terror de los milaneses y de toda la Italia. Sus proyectos de conquista, entre los cuales figuró tambien la conquista de Florencia, no se realizaron, á pesar de que para ello habia contado con uno de los capitanes mas famosos de aquella época, á saber, Francisco Esforcia, á quien en recompensa de sus eminentes servicios dió á su hija por esposa. Con ella adquirió Esforcia pretensiones al trono ducal, que este noble aventurero logró hacer prevalecer despues de la muerte de su suegro y de algunos años de disturbios y luchas interiores que poco á poco habian dado lugar á un gobierno republicano.

Su suegro Felipe María, meditando siempre engrandecer su territorio y aumentar sus tesoros sin mirar en los medios, era además amigo de la vida regalada, en la cual entraba tambien por una parte la literatura. Recreábale la lectura de autores antiguos y modernos, de las poesias de Dante y de Petrarca y de las historias ó novelas caballerescas francesas; pero todo esto no bastaba para convertirle en protector y fomentador inteligente del nuevo movimiento intelectual.

Francisco Esforcia ocupó el trono ducal de Milan desde 1450 hasta 1466. Era, como ya hemos dicho, general perito y afortunado, de claro ingenio y extraordinariamente sagaz; sabia aprovechar el tiempo y las circunstancias, aguardar con paciencia el momento favorable para acometer al enemigo y el oportuno para negociar. Así, valiéndose de la fuerza, de la persuasion, de la accion rápida y arrolladora, y de la paciencia, consiguió hacerse dueño de dilatados y ricos territorios y establecer en posiciones análogas á todos los miembros de su familia. Era, segun la descripción que hizo de él su contemporáneo el papa Pío II, casi un hombre feliz, porque no tuvo mas disgustos que los que le dió su familia, disgustos que á la verdad serian considerados hoy como desgracias terribles, pero que en aquella época eran inseparables de la vida comun y mucho mas de la de los príncipes. «Por lo demás, dice el citado papa, cuando montaba á caballo parecia un jóven; era de elevada estatura, de imponente aspecto, fisonomía y expresion graves, pero afable en su trato; hablaba con calma y sus maneras eran de príncipe; en fin, física é intelectualmente no tenia igual en nuestro tiempo, mientras en la guerra jamás fué vencido. Su esposa era mujer bella y virtuosa, sus hijos agraciados como los ángeles, y él mismo tuvo pocas enfermedades y vió satisfechos sus deseos principales.»

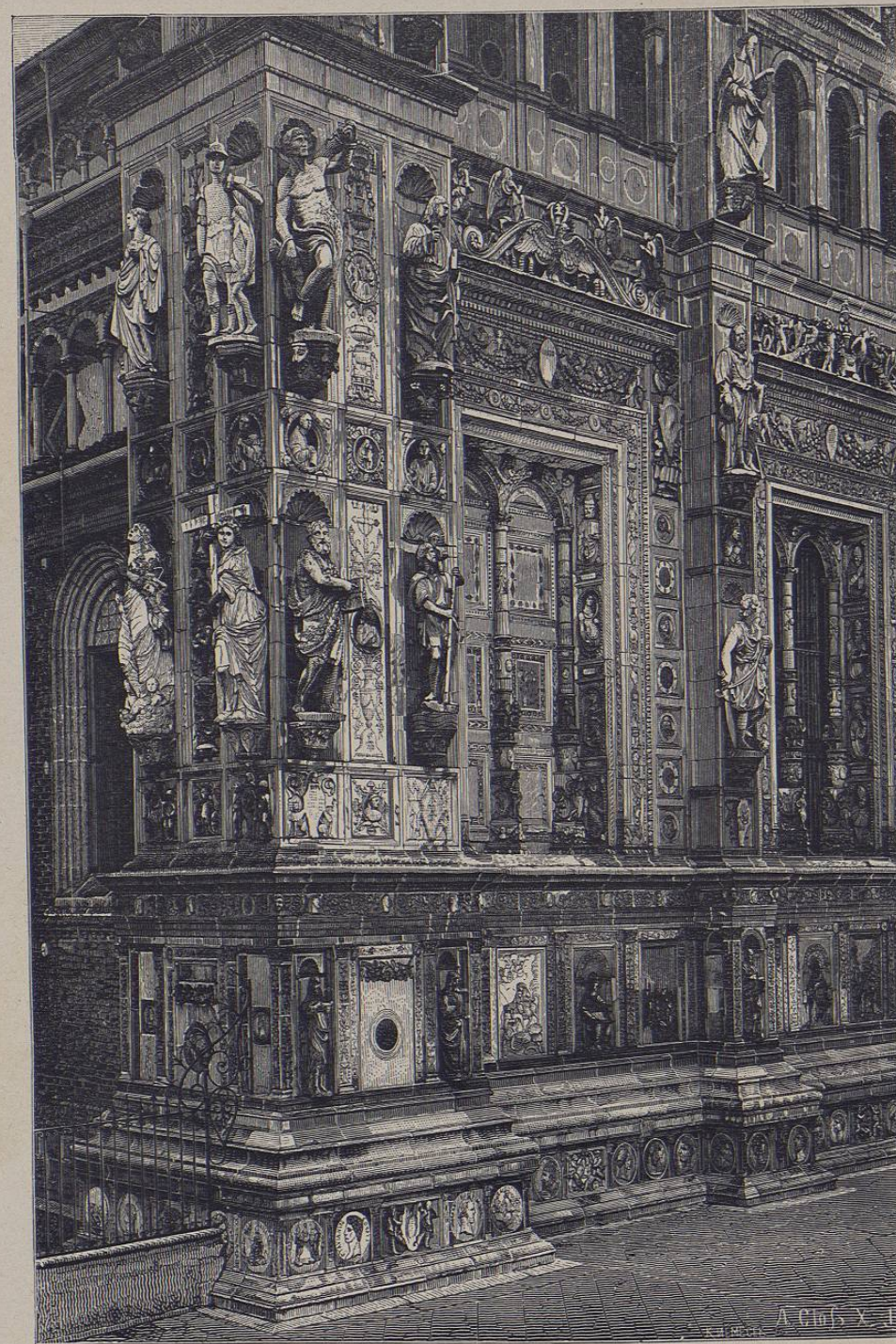
Obsérvese que el papa Pío II, autor de esta descripción y que tan bien manejaba la pluma, no encuentra otra cualidad intelectual mas digna de alabanzas en Francisco Esforcia que el hablar afable y sosegado, ni otra cosa tampoco supieron descubrir los panegiristas que mantenía en su corte, y que por cierto rivalizaban por encontrar en su protector cualidades laudables, como Francisco Filelfo que dijo: «Distinguanle, á la verdad, cualidades admirables, pero ningun conocimiento tenia ni en bella literatura ni en poesía.» Esto lo dice un autor que solo cuenta alabanzas de Esforcia, al cual tampoco se le ocultaba su falta de conocimientos literarios, y trató de suplirla en sus hijos, que recibieron una edu-

cacion exquisita, tanto que su hija Hipólita tenia fama de muy docta. Él mismo, sin ser entusiasta de la poesía, siguió la corriente y se rodeó de poetas y artistas que le mostraban su agradecimiento cada uno á su manera y como mejor podia. Algunos escribieron á porfia grandes poemas titulados: *Esforciadas*, de los cuales á la verdad ninguno llegó á imprimirse, y la humanidad no perdió gran cosa en ello. Estas obras eran todas poco mas ó menos como la de Filelfo, que llegó solo á 6,400 versos en lugar de los 12,800 prometidos, pues se conoce que eran pagados y que el estro se habia graduado segun el precio. Otro poeta, Decembrio, que hubiera querido dar mucho de sí, no tuvo talento. Los poetas glorificaban á la persona y los hechos de su protector en diferentes obras, y uno de ellos, y no de los mas insignificantes, Antonio Filarete, elaboró un proyecto de *Esforciada*, es decir, de una ciudad que debia perpetuar la fama de los Esforcias y en cuya construcción debian emplearse 103,200 trabajadores. «La estrella de Francisco Esforcia anuncia fortuna para él y desgracia para sus sucesores.» Esta predicción de los astrólogos, cuya locura y necedad Francisco Esforcia despreciaba como hombre de claro juicio, se vió confirmada plenamente en su hijo y primer sucesor Galeazzo María (1466-1476). No fué Galeazzo en realidad mas tirano que muchos de los soberanos sus contemporáneos, pero era bastante caprichoso y cruel y pareció á sus súbditos demasiado duro y peligroso su gobierno. Entre los que exageraron el peligro uno de los mas celosos era Nicolás de Montani, que bien como enemigo declarado de los príncipes, porque tambien era adversario decidido de los Médicis, ó porque el suyo, Galeazzo, le molestara mas que ninguno, excitó contra él á los jóvenes milaneses, y últimamente logró que tres de ellos, Lampugnani, Olgiati y Visconti, se conjuraran para matarle. Ninguno de los tres era hombre político ni enemigo personal de Galeazzo, pero todos eran fieles discípulos de los antiguos partidarios de una república ideal y adeptos de la doctrina de que no era un crimen, «sino antes bien una obra meritoria, matar á un tirano y restaurar con su muerte la libertad del pueblo.»

Mataron pues al príncipe y expiaron su crimen en el patíbulo, como hombres convencidos de haber ejecutado un acto glorioso, tanto que uno de ellos, hallándose ya en manos del verdugo, se dijo á sí mismo en alta voz: «¡Animo, la muerte es amarga, pero la gloria es eterna!» Esto pinta el carácter de toda la época.

El duque asesinado no habia tenido mas influencia en el movimiento del Renacimiento que sus arranques artísticos caprichosos, ni mas participacion que una práctica notable en la lengua latina que le permitia pronunciar discursos en esta lengua, práctica debida á su maestro Guiniforte Barzizza; pero á esto se limitaron sus conocimientos y su afición á la antigüedad clásica, á pesar de que un poeta contemporáneo suyo le hizo en una elegía invocar en sus últimos momentos á los dioses y las musas de los antiguos para que le ayudasen en su gran necesidad y unieran sus lamentos al clamoreo general por el crimen de que era víctima. Estos dioses y musas no le conocieron, ni él á ellos; lo que conoció y temió, como todos los tiranos sanguinarios y pusilánimes de su tiempo, fué el brazo misterioso del Destino, en cuyo ineludible poder creia firmemente.

A su muerte sucedió un gobierno débil de regencia en nombre de su hijo de tierna edad, gobierno que duró cuatro años, al cabo de cuyo tiempo un hermano del difunto, Ludovico, llamado el Moro, se apoderó del mando sin hacer caso de los derechos del heredero legítimo, su sobrino. Puesto el niño en salvo, encontró algunos defensores de sus derechos, pero Ludovico sofocó la conspiracion y se conservó



UNA ESQUINA DE LA CARTUJA DE PAVÍA

Convento fundado en 1596 por Juan Galeazzo Visconti. La riquísima fachada, hecha toda de mármol blanco, fué proyectada y dibujada ya en 1475 por Ambrosio Borgognone

en el poder dando pruebas de cualidades tan eminentes que su reinado fué uno de los mas brillantes de Milan. No le dañaron en el concepto de los italianos sus íntimas relaciones con los soberanos de Alemania y de Francia, porque lejos de mirar al emperador como su señor feudal y al rey francés como aliado, los consideró mas bien en su orgullo como inferiores suyos, haciendo públicamente entre ellos y su persona comparaciones que eran verdaderos retos para aquellos soberanos. Tan grande fué su poder y su fama que el pueblo de Florencia cantaba durante la guerra que el rey de Francia Carlos VIII hizo en el reino de Nápoles: «Solo Cristo en el cielo y el Moro (Ludovico) en la tierra saben cuándo acabará esta guerra.» (*Cristo in cielo è il Moro in terra solo sa il fine di questa guerra.*) Ludovico creía en su estrella y en la astrología y antes de proceder á una empresa solía consultar los astros, olvidando la sentencia que él mismo habia adoptado como leyenda: «El sabio domina los astros,» y quiere decir: «Se impone al Destino,» (*Vir sapiens dominabitur astris*). Era muy instruido y casi erudito; siendo muchacho de once años habia pronunciado en un mismo dia dos discursos en lengua latina, copiados por su propia mano, cuyos manuscritos existen y se conservan en Paris; pero en su trato con artistas y sabios guardaba siempre la distancia que existe entre soberano y súbdito. El círculo de humanistas, hombres de letras y artistas que reunió en su corte, ninguna analogía tenia con las academias libres fundadas por Besarion y Pomponio Leto, entre cuyos miembros no habia diferencia de categoría social, ni tampoco se asemejaba á la academia de Florencia, en la cual dominaba el espíritu de Platon, sin contar que el príncipe Cosme de Médicis ningun deseo tenia de imponerse á los académicos. Los sabios que Ludovico el Moro reunió al rededor de su persona formaban una academia, si se quiere, pero por el estilo de la francesa, creada muy posteriormente, siendo una especie de centro consultivo del monarca y parte de su aureola de gloria.

Además de esta su academia, fué tambien objeto de la solicitud del duque Ludovico la universidad de Pavia. Así lo hacen presumir los versos de un poeta oscuro que tambien hablan de la gran concurrencia de gente forastera y aun de países extranjeros, en Pavia, para admirar y extender á su país «la fama de la santa cúpula (del edificio de la universidad) y del duque.» Otra obra gloriosa, con cúpula, proclama tambien la fama de este soberano, á saber, la catedral de Milan, cuya cúpula deseaba fuese «bella, digna é imperecedera, si es que en este mundo se puede construir algo imperecedero,» segun dijo á los maestros á quienes encargó la construccion de esta parte del edificio, en 1490. Del entusiasmo y gusto por el arte que mostró este duque y del tacto con que sabia tratar á los artistas, dieron tambien testimonio Bramante y Leonardo de Vinci, que vivieron durante algun tiempo en su corte.

El número de literatos propiamente milaneses es comparativamente limitado, si exceptuamos los poco conocidos y los que solo permanecieron transitoriamente en la corte de Milan, de todos los cuales no podemos tratar aquí, aunque algunos mas célebres, como Valla y Beccadelli, se cuentan entre los últimos, pues que en Milan pasaron, dedicados á la enseñanza, algunos años. Tampoco podemos tratar de otros que en su tiempo adquirieron una fama fácil con obras sueltas, como cartas, discursos y poesías. Nos reducimos á presentar solamente las eminencias del círculo académico milanes, á saber, Antonio Loschi, Gasparino, natural de Barzizza, y su hijo Guiniforte; Antonio, natural de Rho, Pedro Cándido Decembrio y Francisco Filelfo.

Antonio Loschi nació en el último tercio del siglo XIV y quizás todavia en vida de Petrarca. Niño aun, dió gran-

des esperanzas de ser con el tiempo un poeta notable, y á pesar de todas las instancias de su padre para que siguiese la carrera de las leyes, dedicóse á las bellas letras. Apenas llegó á la edad viril, salió á viajar como otros muchos humanistas; vivió mucho tiempo en Milan, por lo menos desde 1390 hasta 1406, en Verona, en Nápoles, y finalmente establecióse en Roma, donde murió á una edad muy avanzada, por el año 1450. Parece que se habia hecho sacerdote y que habia compuesto un drama profano sobre un motivo antiguo, pues á no ser así no le habrian atribuido autores contemporáneos en manuscritos que se conservan la paternidad del drama *Aquiles*, que otros decian ser de Mussato. Vivió de un empleo que le concedió el papa, y aunque servidor fiel é íntegro, no dejaban de divertirse las historietas y chascarrillos que referian casos de clérigos burlados por su necia credulidad y sus vicios, pues que tradujo al latin el cuento, bastante escabroso, de Ser Ciappelletto, de Boccaccio. Era hombre de chispa, porque le gustaba inventar y contar casos de broma, de los cuales Poggio utilizó muchos en sus chistes. Todo esto no pasaba de un mero pasatiempo; porque su actividad principal estuvo dirigida á objetos serios, la patria, es decir, Italia, y el cultivo de las humanidades. Amante de la independencia de su país, se lamenta en sus escritos de su division en tantos Estados, de la desunion de estos y de las invasiones extranjeras, sin advertir que él mismo contribuía en cuanto estaba de su parte á mantener vivo el espíritu separatista, porque defendiendo á Milan y su superioridad sobre otras ciudades de Italia, en especial Florencia, sacaba á plaza todos los defectos y pecados de esta república, censurándola sus relaciones con Francia, sus adulaciones á los emperadores de Alemania, sus hostilidades á la Iglesia, su conducta falsa con la ciudad de Bolonia, y por último, ridiculizaba en sus habitantes la pretension de pasar por ciudadanos romanos porque eran hijos de una ciudad romana. Estas acusaciones, infundadas en parte, fueron contestadas por Colluccio Salutato, que rebajó á su vez á los milaneses, llamándolos, entre otras calificaciones peores, bestias, ranas, estiércol, esclavos de esclavos. Estas invectivas groseras eran de uso general en aquella época y se contestaban de la misma manera; de suerte que no solian hacer gran mella en las personas á las cuales iban dirigidas. Píldora mas amarga para el pobre Loschi, que dependia de la generosidad de los personajes encumbrados á quienes servia, fué esta contestacion de los republicanos: «Los lombardos aborrecen la libertad y los toscanos la aman;» y esta otra: «Mis conciudadanos son tantos, que se encuentran en todos los puntos de la tierra y tan opulentos que bastarian ellos solos para reconstruir y repoblar á Florencia si llegara á ser destruida.» Palabras terribles fueron estas para el pobre que dependia de la gracia de todo el mundo, porque solo la miseria pudo haberle hecho decir en un epitafio que dedicó á la memoria del abominable Juan Galeazzo: «Las dotes de su alma eran tan bellas como las de su cuerpo. Prudente, caritativo y magnánimo, era tambien el príncipe soberano mas sabio de Europa.» Si algo puede excusar estas lisonjas póstumas, es tan solo la constancia del afecto y de la gratitud del que las escribió.

Si fiel fué Antonio Loschi á su soberano, no fué servidor menos fiel de las ciencias, como lo prueban sus comentarios á los once discursos de Ciceron, comentarios que Flavio Biondo calificó, lleno de entusiasmo, como los primeros y únicos publicados en su tiempo, y en efecto, atestiguan su celebridad nada menos que trece copias manuscritas sin contar otras impresas que han llegado hasta nosotros. Tambien escribió anotaciones á la *Iliada*, lo cual ha servido á muchos críticos para probar que Loschi poseyó el griego, cosa que otros